

verdaderamente una peregrinación cristiana. La más afligida de las Reinas quería celebrar la memoria del más atribulado de los hombres. Quizas esa simpatía sagrada del más acendrado dolor por el más noble infortunio es el homenaje más expresivo con que la Providencia haya permitido honrar á su siervo Cristóbal Colon. ¿Quién dirá las emociones del corazón de Su Majestad doña María Amelia y la indignación patriótica de los Infantes de España en vista de la próxima ruina del monasterio que evocaba tan nobles recuerdos? Como para reparar la ingratitude de tres siglos, llegaban juntos los tres augustos viajeros á los restos de la habitación donde Cristóbal Colon, desconocido, fué objeto de los generosos agasajos de Juan Pérez de Marchena. Sus Altezas Reales resolvieron salvar la Rábida de una destrucción inminente,

El día 11 de marzo de 1854 quedará consagrado en la memoria de todo pueblo civilizado.

Ya lo hemos dicho antes: acto continuo quedó decidida la restauración de la Iglesia y la reedificación de las paredes del convento. Con la prontitud que tan bien sienta á los hombres para mandar, acordó el señor duque de Montpensier los trabajos que se habían de ejecutar desde luégo. Comenzáronse en seguida las obras. Sabido es con qué nobles miras había Su Alteza Real adquirido anteriormente la casa de Hernán Cortés; pero como la Rábida era una propiedad del Estado, y la legislación actual en materia de conventos oponía obstáculos á las intenciones del Príncipe, lo hecho no es lo que S. A. R. hubiera deseado hacer. No obstante merced á su iniciativa y al entusiasmo de la Serenísima Infanta doña María Luisa Fernanda, se ha librado de la ruina el pequeño convento donde fué aceptada, comprendida y favorecida la idea más grande del mundo. Por poco que hubiesen tardado en llegar á él Sus Altezas Reales, no habría quedado vestigio de aquel inmortal convento.

Parecía natural que se establecieran en aquel convento los Franciscanos de la Tierra Santa, los custodios del Sacro Sepulcro que fué el constante objeto de la piedad caballeresca de Colon, y á esto proyectaba por su buen gusto el señor duque de Montpensier. Por desgracia, las nuevas disposiciones legislativas de España dificultaban sus proyectos. En tales circunstancias, había tenido S. A. R. la feliz idea de destinar el convento de la Rábida á los misioneros que van á difundir el Evangelio en el nuevo mundo. Un decreto reciente parecía aplicar el convento á ese destino tanto más conforme con el recuerdo de Colon, cuanto ese héroe cristiano había fundado, en su institución de mayorazgo, cátedras de teología para los que debían evangelizar las Indias; pero una extravagante resolución hizo cambiar en lugar destinado á leprosos, en refugio de ancianos, aquella casa de ciencia y oración inmortalizada por su hospitalidad.

Librenos Dios de las simples especialidades administrativas y judiciales, de

los legistas esclavos de la letra y de los letrados esclavos de la estadística, personas hostiles á toda poesía como á toda grandeza. ¡Es tan difícil librarse de sus reformas! Cuando se sale de ellos (y esto sucede raras veces) se tocan sus malas consecuencias durante varias generaciones. Toda su habilidad consiste en apoderarse de la Rábida, ese monumento de la gloria franciscana, ese testimonio viviente de la parte que tuvo la Iglesia en la empresa del descubrimiento, convertirlo vulgarmente en una casa de socorro, en depósito de mendicidad ó en asilo de incurables! ¡Todo el prodigio de su talento consiste en borrar de este modo toda la tradición que se une á la vida de Cristóbal Colon! ¿Quién lo creyera? ¡Habíase tratado formalmente de dividir en lotes la Rábida, y del producto de esa venta levantar una estatua á Colon! Pero como Dios, que «ha hecho sanables á las naciones,» no ha hecho eternos á los gobernadores de Huelva y á los alcaldes de Moguer, pudo conjurarse este peligro. El viaje del señor duque de Montpensier salvó definitivamente de la destrucción al venerable monasterio.

Lo esencial era detener los saqueos y el desplome de las paredes; conservar á la piedad de nuestros descendientes el más conmovedor de los monumentos históricos. Confiamos que más adelante, consejos más racionales devolverán la Rábida, como había pensado S. A. R. á los franciscanos de la Tierra Santa. Entre tanto, todos los domingos y días festivos, se abre la iglesia que visitaba Colon, seguido de sus tres tripulaciones, á su partida y á su vuelta. Allí va desde Moguer á Palos para celebrar la santa misa un capellan subvencionado por Sus Altezas Reales. El viajero penetra después con paso recojido en la celda del Padre Guardian, Juan Pérez de Marchena, donde se encuentra casi con Cristóbal Colon, porque una idea muy delicada, llena de oportunidad y talento, hizo colocar allí mismo su retrato á fin de ofrecer juntamente á la memoria la imagen de dos amigos fieles.

No solamente preservaron Sus Altezas Reales el asilo de Colon, sino que su magnánimo patronato triunfó de la indiferencia pública. Las musas de la Bética se inspiraron en su patriotismo y produjeron cantos melodiosos. Se han celebrado en verso la santidad de Colon, la grandeza de Isabel y la hospitalidad de Juan Pérez de Marchena. La restauración de la Rábida ha suscitado, sobre todo en Andalucía, poéticos homenajes. Sus Altezas Reales se han dignado recoger en un album, impreso por su munificencia, esa armoniosa expresión de la gratitud castellana unida á la fé católica. Merced á su protección de las letras, tan rara hoy, no ha desaparecido con aquel día la inspiración de los poetas españoles para aquella solemnidad. Sus Altezas Reales han recompensado á las musas ibéricas, concediendo á su obra la honra de una publicidad permanente. Nuestra simpatía por los admiradores de Colon nos obliga á copiar aquí á lo ménos los nombres que se leen en el album de la Rábida. En él vemos en primer lugar los de dos mujeres: la señora doña Dolo-

res de Molina y la señora doña Antonia Díaz y Fernández. Citaremos despues los señores don Juan Manuel Alvarez, Franciseo Rodriguez Zapata, José Fernández Espino, A. Magariños Cervantes, José Benavides, Demetrio de los Rios, Fernando de Gabriel y Apodaca, Tomás de Reyna y Reyna, Aristides Pongilioni, Narciso Campillo, Juan José Bueno.

Á esos cantores de la gloria y virtud plácenos añadir á don Antonio de Latour que tan doctamente ha escrito acerca de don Fernando Colon y tan bien ha pintado la España moderna. Así como no se separa á Diego Méndez de los infortunios del Almirante, tampoco apartaremos nosotros aquí el ingenioso escritor del augusto Mecenas que nos conservó la Rábida. Hay abnegaciones sagradas, fidelidades de corazon que ensalzan á los hombres todavía más que su talento, autorizan comparaciones gloriosas y merecen la celebridad de la historia.

§ IV.

Es preciso manifestarlo: generalmente las mujeres no toman ningun interes por Colon, ni aún en Francia, país de la justicia y de generoso entusiasmo. Su memoria queda privada de su simpatía como lo estuvo su vida de los consoladores cuidados del hogar doméstico. Es indudable que proviene ese descuido de que las mujeres católicas no han leído todavía una biografía fiel de ese héroe del Catolicismo; y mientras se apiadan de algunos marinos vulgares, cuya historia compendiada les refiere sus naufragios y desgracias, ignoran los infortunios del primer navegante del Globo.

En Paris, sólo una mujer ha manifestado benevolencia, mezclada de respeto y piedad, por la gloria de Colon. En esta página no citaremos el nombre de esa mujer, única por su generosa simpatía como por su grandeza moral, por el prestigio de las gracias y la elevacion de su cuna, porque nuestra pluma no halla entre su sexo otros nombres que hayan merecido tener la honra de estar á su lado, en esta ocasion.

Desde principios de este siglo, las inteligencias privilegiadas se han mostrado bastante favorables á Colon. A pesar de las prevenciones esparcidas sobre su memoria, la grandeza de sus servicios y la especialidad de sus desgracias le han conquistado casi generalmente la admiracion de los literatos franceses. Entre los autores que han apreciado mejor al descubridor del Nuevo Mundo, debemos nombrar sobre todo al ilustre M. Guizot, á quien puede justamente llamarse el Regente de la filosofía política, el Preceptor de los historiadores modernos y el Maestro de los escritores de nuestra época; á M. de Salvandy, antiguo embajador

en España; á M. de Lourdoneix, director de la *Gazette de France*; á M. Enrique de Riancey; á M. Jorge Gandy; al baron Gaston de Flotte; á M. Luis Roche, redactor del *Moniteur Officiel*; á M. Barbey d'Aurevilly; al conde Gustavo de Saffray; al señor abate Cadoret, capellan jefe agregado á la marina; á M. Gaultier de Claubry y á M. Fernando Denis cuya vasta erudicion, adhesion á la memoria de Colon y á los intereses de la América han hecho popular entre las principales notabilidades del Nuevo Mundo.

En el extranjero poca benevolencia verdadera se encuentra á favor de Colon.

En Francia, como en las demas partes, es tambien el clero quien muestra mayor y más sincero interes á favor de la fama de Colon. Su memoria ha tenido la dicha de que los dos primeros oradores sagrados de nuestra época, dos religiosos, hayan sido sus primeros amigos. Esos dos religiosos ya se comprende que son: el padre Ventura de Raulica y el padre Enrique Domingo Lacordaire.

Cuando el R. P. Lacordaire nos hablaba de esta historia, nos acordábamos del caritativo interes que sus hermanos, los dominicos de Salamanca, habian mostrado á Colon desconocido. Pensábamos en el brillo con que su poderosa palabra hará quizas resplandecer un día al huésped de los dominicos, cuando al formar el resumen de su vida, muestre el prodigio divino en ese hombre más fuerte que el tiempo. El ilustre Padre Ventura de Raulica, llevado de su celo por la Iglesia, la gloria de Italia y la amistad con que nos honra, se ha hecho un deber de anunciar, primero que nadie, á sus compatriotas, nuestra obra en favor de la rehabilitacion de ese gran siervo de Dios. Su Manifiesto que han tenido á la vista el Padre Santo, el Sacro Colegio, los principales soberanos de Italia, los arzobispos y obispos de la Península, verdadera obra maestra literaria, admirada de todos los hombres de buen tono de Roma, es tambien notable, bajo el concepto del vigor y elegancia, hasta en la traduccion francesa que se ha impreso en dos ediciones en 8.º y en 12.º bajo este titulo: CRISTÓBAL COLON RESTITUIDO Á LA IGLESIA. De Paris partió ese llamamiento eléctrico de una alma superior al clero de Italia, fallo anticipado de la posteridad acerca del mensajero de la cruz. Ese concepto de un grande hombre por un gran talento es un suceso doblemente feliz; ya por la gloria de Colon en cuyo aumento redundaba súbitamente, ya por el honor de Francia que parece reparar de esta manera agravios antiguos inferidos á su sublime nombradía.

La ciudad del Catolicismo, la cuna de la propagacion de la fé, Lyon, no podía permanecer indiferente tratándose del primer misionero del Nuevo Mundo, y así lo ha probado Su Eminencia el Cardenal arzobispo primado de las Galias, Monseñor de Bonald. El héroe de los mares tenía derechos naturales al recuerdo de Su Eminencia el cardenal Mathieu, arzobispo de Besanzon. Esta docta ciudad comprende la ciencia y la gloria. Otra ciudad vecina de España y del Océano, Burdeos, merced á su primer Pastor, amará tambien al Revelador del Globo. Su

Arzobispo, el eminentísimo Cardenal Donnet, se ha dignado manifestarnos muy vivas simpatías. El sincero interés que Su Eminencia no ha cesado de sentir por España, su delicado sentimiento de las obligaciones de la púrpura romana, su deferencia á la invitación del augusto ejemplo del Sumo Pontífice, su adhesión instintiva á las cosas útiles á la historia ó glorias para el Catolicismo nos han valido su voto, siempre precioso, y le merecen la gratitud de los admiradores de Colon.

Parécenos justo que los amigos de Colon sepan en todo país los nombres de los obispos de Francia que, á pesar de los multiplicados cuidados de su diócesis, han querido seguir el ejemplo del Padre Santo, unirse á las intenciones del Sacro Colegio, simpatizar con Italia, honrar al primer misionero del Evangelio en el Océano, y hasta facilitar la propagación de su historia.

Antes que ninguno citaremos al sabio y piadoso arzobispo de Tours, Monseñor Guibert, edificante por su doctrina y sus obras; cuya prudencia y celo aprecian tanto sus venerables colegas. Á ese docto prelado antes que á nadie hemos expuesto los datos de nuestra historia.

Seríamos tan ingratos como olvidadizos sino indicáramos desde luego á la gratitud de nuestros lectores el nombre de S. S. I. el Señor Menjaud, obispo de Nancy y de Toul, primer capellán del Emperador. Es el primero que se ofrece entre los hombres eminentes cuyo instinto elevado había adivinado á Colon, no obstante los errores acreditados por sus biógrafos. Nadie ha tomado una parte más sincera en la restauración de su gloria. El ilustre prelado se ha dignado sostenernos con sus estímulos y honrar nuestro trabajo con una solicitud enteramente paternal, con triple interés por la integridad de la historia, el esplendor de la Santa Sede y la iniciativa de Francia.

Luego después, por el orden de las fechas, debemos nombrar sobre todo á S. S. I. Monseñor Sibour, arzobispo de Paris, quien favoreció siempre tan amablemente nuestros escritos; S. S. I. Monseñor Jolly, arzobispo de Sens; Monseñor de Jerphanion, arzobispo de Alby; Monseñor Chalandon, arzobispo de Aix; al santo obispo de Chalons, Monseñor de Prilly, decano del episcopado francés; Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans; Monseñor Graverand, obispo de Quimper; Monseñor Jacquemet, obispo de Nantes; Monseñor de Garsignies, obispo de Soissons; Monseñor de Morlhon, obispo de Puy; Monseñor Rœss, obispo de Estrasburgo; Monseñor de Mazenod, obispo de Marsella; Monseñor Doney, obispo de Montauban; Monseñor Croizier, obispo de Rhodéz; Monseñor Thibault, obispo de Montpellier; Monseñor Chatrousse, obispo de Valencia; Monseñor Pallu du Parc, obispo de Blois; Monseñor Angebault, obispo de Angers; Monseñor Lanneluc, obispo de Aire; Monseñor Gignoux, obispo de Beauvais; Monseñor Wicart, obispo de Laval; Monseñor de Dreux-Brézé, obispo de Moulins; Monseñor Caverot, obispo de

Saint-Dié; Monseñor Casanelli d' Istria, obispo de Ajaccio; S. S. I. Monseñor Bonnamie, arzobispo de Calcedonia y Monseñor Tirmarche, obispo de Adrás.

Ya que rehabilitamos la gloria de Cristóbal Colon, no olvidemos á aquellos de sus amigos que ya nos precedieron en la eternidad. Entre ellos debe sobre todo recordar nuestro corazón al inmortal Arzobispo de Paris, mártir de nuestras discordias civiles, Monseñor Affre. Sabido es que el Pastor, según el corazón de Jesús, había alentado afectuosamente los primeros pasos de nuestra empresa. No omitiremos el nombre del Eminentísimo Lambruschini, compatriota de Colon, y que daba en honra suya, con su mano ya desfallecida, una de sus últimas firmas. No podemos olvidar al Reverendísimo Cardenal Prefecto de los Estudios, Su Eminencia Fornari, antiguo Nuncio en Paris, ni á su sucesor Monseñor Garibaldi, ni al sabio Cardenal Angelo Mai, infatigable descifrador de pergaminos, autor de una multitud de importantes restituciones á la historia.

¡Particularidad digna de atención! los panteístas, los meros racionalistas, los protestantes, son generalmente propensos á rebajar la gloria de Colon. Los hombres de negocio y capitalistas, los hombres fríos ó escépticos, lo mismo que las almas insensibles á las bellezas de la Naturaleza, no forman parte de esa porción escogida del mundo moral que en las eminencias del Catolicismo, sigue con solicitud las fases de su fama. Esa asociación de votos y recuerdos, invisible reunión de ciencia, paz y virtud, compuesta de espíritus escogidos en todas las comarcas verdaderamente católicas de Europa, viene al cabo de tres siglos á formar un concierto espiritual en elogio del Admirador de la Naturaleza fuente de todo orden, de toda armonía y de toda belleza en los mundos.

De manera que hasta en la admiración que inspira, es también Colon, único, excepcional, incomparable.

Hagamos alto por fin. Despidámonos de nuestros lectores.

Así como se reserva el mejor pensamiento, la palabra más expresiva para el momento del despido, vamos á escribir aquí un nombre que habíamos guardado respetuosamente en nuestro corazón hasta ahora, destinándole para grabarlo aquí como un sello de gloria en la vida de Colon.

Traspasando esta vez las leyes de la etiqueta, nombraremos después de todos á la que debía ser la primera, porque es superior á todos; á fin de que esta lista que se abre por el primero de los hombres en la jerarquía espiritual, se cierre por la primera de las mujeres en la jerarquía social, la más capaz de ilustrar la diadema y hacer bendecir su poder.

Su Majestad Eugenia es hoy en nuestro país, la única francesa que ha deseado sinceramente la reparación debida al Revelador del Globo. Semejante simpatía, sobreviviendo al tiempo y al sepulcro, no honra ménos al talento que la recibe, que al alma que la abriga. La amistad de la católica Isabel, que tan fiel se mantuvo

á Colon, parece resucitar en el trono y ser trasmitida de España á Francia, como un legado piadoso de la más grande de las Reinas, á la más digna de las Emperatrices.

Hemos creído comprender que sería consolador para los admiradores de Colon entristecidos por las amargas tribulaciones que abrumaron sus últimos días, y por la ingratitud secular de ambos mundos, el saber que despues de ese largo olvido, quedaba en lo sucesivo recogido su recuerdo en la más preciosa memoria, en donde pudiera ambicionar un puesto el corazón de un Héroe.

Dicho esto, el agradecimiento hace inclinar nuestra pluma.

Y, al terminar este libro, tenemos á dicha el poder depositar, como una fresca corona de flores sobre la fama inmortal de Colon, el supremo voto de la Emperatriz Eugenia; confesamos que habíamos guardado orgullosamente este honor dentro de nosotros mismos, hasta la última página; encontrando en él al mismo tiempo la consagración de esta Biografía, una esperanza de clemente indulgencia para nuestro tosco estilo, y la aurora de un afortunado presagio para la rehabilitación del hombre sublime cuya historia acabamos de resumir.

REFUTACION DE LA SUPUESTA CAIDA

DE

CRISTÓBAL COLON.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEBER QUE TIENE FRANCIA DE FAVORECER LA CAUSA DE CRISTÓBAL COLON. — OPOSICION SUSCITADA EN GÉNOVA, Á LA BEATIFICACION. — EL CANÓNIGO ANGEL SANGUINETI, DECANO DE LOS CALUMNIADORES DE CRISTÓBAL COLON, QUE ACTUALMENTE VIVEN. — RARA ASOCIACION DE UN CANÓNIGO CON LOS LIBRE-PENSADORES. — JUSTIFICACION DE LA HISTORIA DEL HÉROE GENOVES, ESCRITA POR ÓRDEN DE PIO IX. — VERDADERO MOTIVO DE LAS PREVENIONES DEL CANÓNIGO CONTRA LA VIRTUD DE CRISTÓBAL COLON.

I.

«La verdad necesita de Francia.» Esta frase del ilustre José de Maistre, con que terminábamos una de nuestras obras escritas á favor de Colon, debe comenzar la justificación del mismo que emprendemos ahora; porque hoy también, para defender su causa, «la verdad necesita de Francia.»

Francia está sin duda llamada á ejercer una obra de reparación para con ese héroe. Por causa de ella vióse en otro tiempo Colon privado de la honra de legar su nombre al Continente que su fé descubrió. Y puesto que incumbe directamente á la Francia el deber de reparar esa iniquidad, por lo mismo ha sido ella la encargada de revelar al mundo las virtudes del hombre que lo completó. También ha